

vo el orador campo tan vasto donde manifestar el poder que la palabra ejerce sobre los más duros y obstinados corazones. Rodeado de un inmenso pueblo, que se agita como las olas de un mar tumultuoso, frente á su adversario, y en presencia de sus amigos y enemigos, no podía menos de emplear cuantos recursos le ofrecían su instrucción y su talento para conseguir sus planes y alcanzar la victoria. Así es que en casi todos los oradores griegos de alguna fama vemos esos arranques apasionados y vehementes, que constituyen el verdadero sublime de la elocuencia. Pisistrato y Pericles los tienen: el uno cuando recuerda á los atenienses las glorias de su país, las heroicas acciones de sus antepasados; el otro cuando pronuncia el elogio fúnebre de los guerreros muertos en defensa de la patria. Las arengas de Demóstenes, parecen escritas con un buril de fuego. Esquines también es admirable en su discurso contra Demóstenes en el célebre proceso de la Corona. Esta oración, fruto de un gran talento y de un estudio profundo, nos asombra por la fuerza de sus razones, y por la destreza con que están presentadas todas las circunstancias capaces de producir favorable efecto. Ya se dirige al entendimiento con pruebas sólidas, ya al corazón de los atenienses, hablándoles de sus héroes y poniéndoles ante la vista las sombras de los ciudadanos muertos en Quereonea. Cuando leemos esta magnífica acusación, nos parece imposible que pueda contestarse; pero Demóstenes lo hizo con otro discurso más elocuente aún, según el parecer de los críticos. ¡Tan grandes oradores produjo Grecia, esa escuela del mundo, que no es hoy ni sombra de lo que fué en otros tiempos!

Los romanos, instruidos por los griegos, no hicieron otra cosa en la elocuencia que en los demás géneros de literatura: imitar á sus modelos, dar á su estilo más corrección, más elegancia, si se quiere, pero menos nervio, menos energía. Así se observa en los discursos de Cicerón, comparados con los de Demóstenes. Las circunstancias en que se hallaban los romanos son muy parecidas á las de sus maestros, aunque no tan favorables. El *forum*, como los tribunales griegos, estaba formado por muchos jueces: en él también había la costumbre de presentar á los parientes del reo implorando clemencia; se hallaban en su propio lugar las declamaciones vehementes, y otras muchas cosas no admitidas entre nosotros. Aquí la retórica, más bien que la jurisprudencia, era el estudio de los que se dedicaban á la oratoria forense; pues había cierta clase de hombres llamados prácticos, cuyo oficio era suministrar al defensor de una causa los conocimientos precisos de las leyes, para aplicarlas al asunto de que se trataba. La elo-

cuencia popular admitió más movimiento y energía, pues el orador, dirigiéndose á un auditorio numeroso, y en su mayor parte ignorante, procuraba más conmover el corazón y excitar las pasiones, que convencer el entendimiento con razones lógicas y poderosas. Pero jamás llegó al grado de animación que la de Grecia, porque en este país el pueblo tenía más poder que tuvo nunca en la república romana. En la patria de Demóstenes, la decisión popular era ley; en Roma se hallaba modificada por otras causas. Además, el genio de estas dos naciones era diferente: si los griegos se distinguen por su carácter fogoso y apasionado, los romanos son conocidos más bien por su gravedad y reflexión. El período brillante de su elocuencia fué corto, pues vemos que concluyó después de Cicerón con el cambio de gobierno republicano en gobierno absoluto, donde todo estaba sujeto al capricho imperial.

Y no podía suceder de otro modo: la elocuencia necesita campo donde manifestarse, donde desplegar su vuelo sin trabas, con la libertad del pensamiento. Y entonces, ¿dónde podía manifestarse la influencia de la palabra? ¿En las juntas populares? Ya no existían. ¿En el Senado? Este, envilecido ya, y sin acordarse de su esplendor primero, era solo un dócil instrumento de los emperadores, que decidían los negocios, no conformándose con las leyes establecidas, ni dirigiéndose por otra razón que su voluntad. Ellos, reuniendo en sí todas las dignidades, se abrogaron un poder sin límites: en el Senado, la mayor parte de los discursos eran torpes y serviles panegíricos, donde sin pudor alguno atribuían á los emperadores todas aquellas virtudes que estaban muy lejos de poseer. Finalmente, cuando esa espantosa corrupción de costumbres, cuyo solo recuerdo nos muestra hasta qué estado tan envilecido y abyecto pueden descender las sociedades privadas de la benéfica luz del cristianismo, atrajo á las tribus guerreras del Norte que sobre las ruinas de la señora del mundo levantaron otros pueblos, la elocuencia se oscureció para no volver á lucir sino después de muchos siglos.

Con la invasión de estos conquistadores perdió el hermoso idioma latino una gran parte de su armonía imitativa: pues ellos, poco sensibles á la música del lenguaje, aspiraban solamente á expresar sus pensamientos con toda exactitud, desdénando los adornos que tanta gala comunican al estilo. Despojaron también á los nombres de sus variadas terminaciones, y despreciando el estudio, pusieron todo su cuidado en el ejercicio de la guerra. El saber se extinguió casi por completo.

Más tarde las cruzadas contribuyeron poderosamente en beneficio de la cultura: el Asia fué á un tiempo para los cruzados un

campo de batalla y una escuela en que aprendieron muchas artes útiles; así es que á su vuelta, Europa adelanta un gran paso; y no solo progresaron las artes, sino también la literatura y cuanto constituye el saber humano. Italia, poniéndose al frente de esta regeneración, produce sus admirables poemas y otras obras, ilustres monumentos de su gloria; pero no basta esto para volver á la elocuencia su esplendor perdido: era necesario, según dije antes, que esta tuviera campo donde poder desarrollarse. Túvolo, en efecto, con la erección de Génova y Holanda en repúblicas y de varios gobiernos monárquicos puros en representativos.

Mas la elocuencia moderna no puede compararse con la antigua en la nerviosa robustez del lenguaje y en la excitación de los afectos, sino que más templada, más lógica y razonadora, se dirige á la inteligencia más que á las pasiones; aspira más bien á convencer nuestro entendimiento que á subyugar nuestro corazón. Si en el parlamento que conocemos hoy pronunciase algún orador una de las apasionadas arengas de Demóstenes, probablemente tendría mal resultado. Otro tanto se puede asegurar respecto de la oratoria forense, cuyo carácter entre nosotros es la gravedad y la nobleza, unidas á una elegancia sencillez. La antigua costumbre de procurar conmover á los jueces con las suplicantes lágrimas de los parientes del reo pasó ya: hoy, el orador, hablando á un tribunal severo, instruido y poco numeroso, vé tan solo su defensa en las leyes examinadas á la luz de la sana razón. Constituidos de este modo los tribunales, la lógica ha reemplado á la pasión: el argumento á la gala retórica.

Los Congresos actuales no son formados por la plebe fogosa y ruda, sino por personas distinguidas, y esta es una de las causas del diverso rumbo que en ellos ha tomado la elocuencia. En España no es tan severa como en Francia, y particularmente en Inglaterra: los españoles, hijos de un clima meridional, con más imaginación y más sensibles á la armonía, admiten más galas y movimiento en sus discursos, aunque sin separarse del carácter que en general sigue la oratoria en la época presente.

Tales son las cualidades con que se distingue la elocuencia, según la índole y varía civilización de los pueblos en que sucesivamente ha florecido. Vémosla en la gran plaza de Atenas, representada por Demóstenes, impetuosa, enérgica, vehemente, reducir los ánimos, inflamar la imaginación, y atraerse las voluntades de todos. Aquí desaparecía el orador, y solo se escuchaban sus palabras; no se veía en él al hombre instruido que iba á recitar una arenga trabajada con esmero, sino al representante de la república. Su voz era escuchada como la misma voz de la patria. En Roma adopta

un tono templado y florido, aunque muchas veces se acerca al genio de la griega. La oratoria romana parece un medio entre esta y la de los estados contemporáneos. Si la elocuencia de estos es más severa y filosófica y más nutrida de principios, queda inferior á la antigua en calor, movimiento y energía, y en aquella imperiosa vehemencia que tan repetidos triunfos alcanzó en las repúblicas griega y romana.

NARCISO CAMPILLO.

A Gayosina.

Antiguo aleazar en distante suelo,
Entre colinas de verdor y flores,
Habita al márgen de famoso río
Noble doncella.

Como el lucero cuando el sol declina,
Al lado brilla de su anciano padre
Que la bendice y con cariño santo
Su ángel la llama.

Griegos perfiles, divinal sonrisa,
Ojos velados y expresiva frente,
Animo grande y sin igual ternura,
Y habla hechicera....

Tal su retrato se grabó en mi pecho,
Tal en mis sueños de poeta vive,
Tal me la muestran en fugaz imágen
Nubes y estrellas.

Por mí su casto corazón suspira,
Por mí al Eterno su plegaría asciende,
Por mí su canto melodioso y áurea
Cítara suenan.

Inquieta siempre, de mi amor llamada,
Gira el terrado, la campiña otea,
Y nuevas mias á las aves pide,
Pide á los vientos.

Tal vez me finge en abedul distante,
Oye mi voz en los agrestes ecos,
Llora de gozo y con afán exclama:
¡"Ven, amor mio!"

¿Por qué me llamas, virginal paloma,
Si la fortuna sus doradas alas
Para volar á tu risueño valle
Niégame impía?

¿Por qué tu acento enamorado y suave,
Por qué en mi débil corazón aviva
Ansia de glorias que alcanzar no espero,
Dulce bien mio?

Dáme al olvido; que mi triste sombra
A desvelar tu corazón no vuelva;
Dáme al olvido; pero yo ¡podría
nunca olvidarte!

Madrigal.

¿No ves en la estación de amores
Pintada mariposa breve

Que, al soplo de las áuras leve,
Rondando las fugaces flores,
Leda se mueve?

¿No ves como, por fin, plegando,
Las alas, de azucena pura
Se acoge á la vital frescura
Y en medio de su cáliz blando
Duerme segura?

Así mi corazón; le tienes
En ella retratado, Ismena;
Son flores de la vega amena
Del mundo los inestables bienes,
Tú la azucena.

EN EL ALBUM DE COVADONGA.

Soneto.

Madre de amor que velas de continuo
Sobre la tumba humilde y silenciosa
Donde ceñido en claridad gloriosa
Duerme de España el fundador divino;
¡Mira á tus pies mi corazón mezquino
Que en angustiadas lágrimas rebosa!
En él de la mujer más rigurosa
Grabado llevo el rostro peregrino.
Copia tuya en pureza y hermosura,
Diste á sus ojos tu mirar suave,
Diste á su boca tu aromado aliento:
Dále también tu cédica ternura,
Tu alma le infunde que mis cuitas sabe...
¡Haz que responda, como tú á mi acento!

GUMERSINDO LAVERDE.

Las comedias de Aficionados.

Tan generalizado se halla en nuestro país el gusto á la poesía dramática, que con dificultad se hallará ciudad, villa ó aldea, en que los apasionados á tan sublime arte, no ejecuten en las principales fiestas algun drama, comedia ó sainete.

Y no se crea que llevar á cabo tamaño proyecto suscite pequeñas dificultades y despreciables obstáculos; el poner en escena una comedia por los aficionados, es tan difícil empresa, como hacer en España un camino de hierro. Originanse cuestiones, surgen etiquetas porque á Fulanita se la dió el papel de criada, cosa que no la agrada, y á la Zutana el de vieja, que la agrada menos, aunque sea la más á propósito para el desempeño de aquel, por ser una doncella de cuarenta y ocho años.

Pero ya se hallan todos conformes en aceptar el que se les señale, y vamos al *incipit lamentatio*, que es la elección del drama. Tantas cabe-

zas, tantas sentencias. Uno propone el *Caballo del Rey D. Sancho*: otro, dado al romanticismo, opina por *Un poeta y una mujer*; éste quiere la *Marcela*, aquel el *Bruto de Babilonia*; y hay á veces tal divergencia de pareceres, que con frecuencia se desiste de llevar adelante la función, por empate de votos en la elección de comedia.

Vencida esta dificultad, señala el director hora y día de ensayo. ¿Quién es capaz de decir lo que sufre para corregir los toscos modales de la una, la exajerada acción de la otra, el tono cromático de aquella, el aire maton del *galán*, los ridículos aspavientos del *gracioso*, los extravagantes trenos del *perseguido* y las jermiadas de la *víctima*? Suda, se afana, y si reprende en tono dulce, no tiene carácter; si en ágrío, los actores bufan contra el gesto grave del director.

Llega el día en que en enormes cartelones se anuncia la función. El teatro se vá llenando de gente ansiosa é impaciente de que se descorra la fatal cortina. La orquesta, que por lo regular se compone de fígle, violín, bombo y platillos, ejecuta una magnífica sinfonía, cuyo estrepitoso *allegro* hace brincar de furia á Weber, y mesarse los cabellos al inmortal Donizetti. Ya los actores se encuentran preparados, y cuando el director cree que en los trajes habrá la necesaria conformidad histórica, vé con asombro al conde D. Julian, vestido de chambergo; al Diablo luciendo un enorme sombrero de tres picos, y al rey D. Pedro con pantalón de trabillas, cota de malla y sombrero redondo. Pero ¿qué remedio? ha cesado el delicioso *purrum, purrum* de la orquesta, el público se impacienta, y es necesario alzar el telón.

—Cuidado, Fulanita, serenidad; dice el director á la que *rompe* la escena.

—¡Ay.. Jesús!... cómo tiemblo! *me voy á perder*, contesta azorada.

Alzase el *ubre-apuros*; un silencio profundo sucede al anterior murmullo. ¡Adios, preveniciones!... La actriz se eleva en *alas del génio*, manotea, gesticula, dá voces desentonadas, como la Facunda de *Errar la vocación*, alcanza con las palmas á las bambalinas, y de seguro, que á tener sobrepelliz, cualquiera la creería un misionero convirtiendo infieles.

Cortar el verso lo hace con otro primor; no es difícil oírlo;

"Le avisé al momento y vino,
tu padre la Reina ha muerto."

Y esto contando con que la niña no se aturulle, y á lo mejor salga con aquello de

"ó firmas este puñal,
ó con este papel rompo tu pecho!"

que la vale una estrepitosa salva de aplausos, que ella modestamente ha creído merecer.

O tomando las notas del drama, como parte integrante de la versificación, haga digerir al *ilustrado* público las siguientes barbaridades;

"Rabio de celos aparte;
¡ay mé....! váse enfurecida:
llega al paño, voces fuera,
y sale la comitiva!"

El aparato escénico siempre vá en armonía con las disposiciones de los actores. ¿A quién choca ver al Garcerán, del *Recuerdo de un crimen*, vestido de americano, ni á quién sorprende que el bravo Téudia mate con una escopeta al conde D. Julian? ¿Quién se admira al ver el teatro *iluminado* con exquisitas velas de sebo, que se estremecen convulsivamente á un arranque escénico del actor, al mismo tiempo que jaspéan admirablemente al gaban del que mira?

Las consecuencias de estas funciones son las más veces funestas. La crítica, señora y reina de las pequeñas poblaciones, se ensaña cruelmente en los improvisados actores, y de aquí las rencillas y enemistades. A veces un aplauso basta á deshacer la íntima union de muchas familias. Pero quienes más sienten sus consecuencias, son los amantes. Al almibarado Indalecio le hace muy poca gracia que el rey D. Rodrigo estreche amorosamente las manos de su Luisa, convertida en Florinda. Nacen quejas, siguen recriminaciones y despues sobreviene el estrepitoso rompimiento de amistosas relaciones. Cierta es que esto supone muy poco para la donosa doncella, que se consuela con las galantes protestas del rey godo, á quien tan lejos de odiar, como suponen las tradiciones, le jura un amor eterno, y á veces, pasado algun tiempo, se une con general contentamiento de todos, y particular de ellos.

No todas las funciones de aficionados á comedias adolecen de los defectos que hemos trazado: nosotros hemos visto algunas, que han excedido á nuestras esperanzas, y en las que aquellos interpretaron muy bien los papeles de su cargo, consiguiendo merecidos aplausos en la difícil senda que inmortalizó á Maiquez, Latorre y Rita Luna.

A. L. ANITUA.

Muchos son los Llamados y pocos los Escojidos.

ARTÍCULO FOTOGRAFICO.

Ni ¿quién tan necio os llamará poetas,
si os sorprendió solícitos, dudosos,
midiendo con los dedos codiciosos
de un verso vil las sílabas completas?
(M. DE LA ROSA.)

Hay hombre que, á fuerza de cavilaciones y lecturas, ha llegado á saber que un arroyo es una *sierpe de cristal*, ó una *cinta de plata*; que un prado cualquiera es un *eden*; que las mejillas de las jóvenes son *rosas*, *perlas* sus dientes, *corales*

sus lábios, sus cabellos *oro cendrado* y sus manos *marfil purísimo*; que muchas penas forman un *océano de dolor*; que la noche tiene *enlutados velos*, y la mañana *traviesos cefrillos, cándidos albores, rosicler, flotantes gasas*, etc. Provisto de tan útiles conocimientos y de un almacén de epítetos para rellenar huecos y formar retumbancia, y con un oído tan excelente como hasta para conocer que *asticciones* es consonante de *melones*, y que *Helesponto* lo es de *tonto*, se lanza á embadurnar pliegos y pliegos de papel con insulas tiradas de versos; los publica despues; habla con cuatro amigos gaceticillos, obtiene los elogios de la prensa, y el vulgo (entiéndase también por vulgo muchos que creen no serlo); el vulgo, la generalidad, las masas, dicen de este quincallero:—¿Quién? Fulano? ¿Aquel de las doradas gafas que siempre está mandando el puño de su bastón? Ese es un poeta. Con efecto, ha compuesto cuatro felicitaciones de días, dos odas eróticas y tres sonetos á los enlaces de otras tantas marquesas. Todo, por supuesto, lleno de *fuentecillas murmuradoras, maripositas inconstantes, perfumados favonios y auroras y soles y crepúsculos y zenit fulgente*, con la demás comparsa de vocablos usados en tales ocasiones. ¿Qué más se necesita para obtener tan nobilísimo título?

Pues ved aquí á otro ciudadano, á quien de seguro conoceréis, por pocas relaciones que tengáis en esta cosa que llaman república literaria. Este hombre que os presento, lectores míos, viste levita y pantalón como otro cualquiera: come, fuma y bebe como todo el mundo; habla también lo mismo; y se casa, si quiere, y tiene hijos, si puede, y los bautiza, y es abogado, militar, médico, ó propietario solamente, que es la profesión más descansada. En suma, en el orden social es la unidad contribuyendo á formar el guarismo; lo que suele llamarse uno de tantos. ¿Creéis que siempre es así? Pues no es cierto; que el Sr. D. Fulano de Tal deja de ser algunas veces un español instruido para transformarse en un rezagado latino-grecizante.

Sucédele esto, cuando experimenta cierta vehemente comezon, que él apellida númeron, y otro con más acuerdo pudiera apellidar monomanía. Entonces, despues de haber mandado á la criada que ponga tréguva á sus continuas can-

ciones, se encierra en su aposento, abre el estante de los libros, rodéase de Teócrito, Bion y Mosco, de Horacio, Ovidio y Catulo, con otra comparsa de paganos, y ¡tanto pueden las malas compañías! hácese pagano él mismo, siquiera momentáneamente. Hélo ahí, luchando por engañarse á sí propio y convencerse de que está inspirado: oídlo cómo invoca al Sr. D. Apolo, el de la áurea cabellera y á sus amojamadas hermanas; al caballo Pegaso, de infatigables alas, y á la embriagadora Castalia fuente; á todos demanda inspiracion y fuego, que así llegan para él, como por los cerros de Ubeda. Pero en este mundo sublanar donde quiera se observa la ley de las compensaciones, segun lo expresa el adagio de "lo que no vá en lágrimas, vá en suspiros;" así, pues, si la composicion del pséudo-pagano carece de espontaneidad, elevacion y brío, y aun de sentido comun, si los clasiquistas me apuran, en cambio está repleta de alusiones mitológicas, y el lector, no muy experto en ellas, tiene que andar preguntando á los amigos quién es el trifauce mónstruo, quiénes las Oréadas, Hamadriadas y Silvanos; cuál es la fatal tijera, quién el divino cornudo y la bella Europa, y si el vellocino es hembra ó macho, con tales y tales cosas, que mejores son para calladas. Tiene tambien la dicha composicion exóticas palabras y amanerado lenguaje, empedrado de latinismos y helenismos, lo cuál, sin duda, contribuye á su espontaneidad; y tanto la tela como el corte de la obra, parecen salidos del taller de un sastre del bajo imperio. Para este inclito autor, nada son y nada significan los acontecimientos contemporáneos, el nuevo rumbo de las ideas, las desgracias ó prosperidades de su patria, los sentimientos del corazon, los grandes cuadros que presenta la historia de nuestra religion santa, ó la historia ilustre de nuestros abuelos, ni las aspiraciones á lo futuro, ni las mil y mil ideas indefinibles que agitan la mente de todo hombre pensador y entusiasta. Decidle que escriba esto, que cante esto, y os responderá con sonrisa de compasion que todo es pura prosa, y la única senda del acierto es la imitacion de latinos y griegos. ¡Imitar! Merodear como rateros, es lo que hacen este y otros muchos. El pueblo, siempre rumbo y caritativo, les dice poetas mientras viven; pero la

muerte los devora enteros á ellos y á sus obras. ¡En paz descansen!

Con esta grey de versificadores, *servum pecus*, ofrece notable contraste esa turba de innovadores desatinados, cuyo funerario aspecto, merovingias cabelleras y descompasadas voces los denuncian á tiro de rifle como hombres próximos á perder la chaveta. Para comprobar esta sospecha, leed sus poesias: no son odas, ni romances, ni letrillas, ni poemas épicos, ni comedia, ni tragedia, ni pertenecen á género alguno conocido, ni aun su título está en consonancia y acorde con los pensamientos, ni se vé esa estrecha unidad y armonia con que deben enlazarse las partes de cualquiera obra para formar un todo congruente y perfecto, en cuanto es dable á las fuerzas humanas producirlo. El desórden, y no ese bello desórden hijo de la supresion atinada de las ideas intermedias; sino el que nace de la confusion de aquellas cosas que no debieron mezclarse jamás; la falta de correspondencia entre el pensamiento y la imágen, el descuido y menosprecio de la gramática y propiedad del idioma, los sonidos ásperos é inculcos y una vaguedad desagradable y fria, todo se junta y conspira contra la sana razon y el buen gusto literario. Porque Byron, Víctor Hugo y Espronceda, grandes poetas, han atropellado algunas reglas (y á veces con razon), ellos se creen facultados para atropellarlas todas; pues con tal de variar de metros de suerte que la severa octava se mezcle á cada punto con la vulgar seguidilla; con tal de aburrir á todo el mundo repitiendo mil y mil veces que se hallan hastiados, que las mujeres son muy malas, que no los comprende nadie y les falta el canto de un papel para encajarse un par de balas en el cráneo, nada les importa que la gramática se queje, que el oído rechine, se amontonen los disparates, y el sano juicio diga: "maldito si te entiendo." Añádase á esto que los tales innovadores se inclinan, y no poco, al paganismo, pues el destino prepara y hace cumplir los acontecimientos; con cuya acertada doctrina, virtudes y vicios quedan iguales:

(Si tú eres hijo del rey,
yo lo soy de un campanero;
pues de tan alto venimos,
los dos altezas seremos.)

Y ni las unas merecen premio, ni cas-

tigo las otras, ó estos premios y castigos son injustos. Pero donde verdaderamente triunfa y campea por su respeto la turba romántico-melenuda es en el drama. Vayan mucho enhoramala Lope de Vega, Calderon de la Barca, Rojas y el gran Alarcon; que estos no eran románticos; ó lo eran sin saberlo, y respetaron siempre el buen juicio: ¿qué valen sus bellezas junto á las fenomenales creaciones dramáticas de nuestros dias? ¿Qué vale un drama donde no hay quien se dé muerte á puñaladas, ó se ahorque sencillamente, ó cuando menos se beba un par de tinajas de envenenado licor? Dulce y decoroso es que haya siquiera tres ó cuatro ejecuciones con sus correspondientes entierros, dos ó tres incendios, alguna pasion incestuosa, un terremoto, y si no, una batalla; y al fin su moralidad indispensable, diciendo que quien tiene la culpa es el pícaro destino, que ha dado á los protagonistas tan piramidales y volcánicas pasiones; pues por lo demás, son unos benditos, siempre que les dejan hacer cuanto les dá la gana. El público asiste á estos dramas y los apláude, porque el público es un buen hombre que tiene aplausos para todo, desde *Las paredes oyen*, hasta *Por seguir á una mujer*; es decir, desde lo excelente, hasta el más ridículo mamarracho. Ese público paciente é indulgentísimo concede título de poetas á tales autores, que, apesar de ser así llamados, no serán seguramente de los escogidos.

Ni tampoco lograrán pertenecer á este número, ni prolongar su memoria durante largos siglos, los que, dotados de erudicion y de algun talento poético, hacen de la inspiracion grangeria, y arrastran por el lodo lo que debieran mirar como más sagrado, que es la independencia y dignidad del hombre. Así como el minero busca el filon, el navegante la estrella polar, y el buzo las escondidas perlas, ellos buscan á los grandes, los príncipes, los reyes. Tomándolos por blanco, les asestan un turbion de composiciones, que más bien debieran llamarse memoriales en verso pidiendo limosna. Importa nada que los *héroes* á quienes prodigan alabanzas, sean todo lo contrario de lo que estas mismas alabanzas pregonan á grito herido; pues entonces el elogiado se marea más y más con el humo del incienso, y asombrado de verse con tantas insignes cualidades, que él

mismo acaso no sospechara, suele proteger y premiar alguna vez al ingenioso autor del descubrimiento. ¡Cuán bello, cuán digno, y sobre todo, cuán *recomendable* es para un autor el dar á la estampa un libro de poesia de esta clase!

El lector, seducido por la fama de doctor que el autor goza, abre el volumen, ansioso de saborear sus excelencias, y repasando el índice, encuentra solamente semejantes epígrafes: Al señor conde de Tal: al marqués H.: al ministro X: al principe J: *et sic de cæteris*. Aturdido y confuso ante tal plaga de señores, queda en suspenso un punto para recobrase del susto, y prosigue hojeando el índice, que se le antoja el catálogo de un libro de heráldica. Con efecto; solo faltan los escudos pintados de colores; que las genealogías y biografias allí se encuentran íntegras y puestas en consonantes muy bonitos, lo cuál es un nuevo mérito. Pero ¡qué biografias! Es verdad que la historia las calla, sin duda por prudencia; mas ahí está el cantor, que las sacará á relucir por esos mundos, limpias y brillantes como el sol de mayo. Algunos le tacharán de parcial, y muchos de adulador, mientras él recoge las migajas del poder, entonando por lo bajo aquel refrán de

"quien á buen árbol se arrima,
buena sombra le cobija."

Pero al mismo tiempo el lector se pregunta á sí mismo: ¿quién es este cantor que solo vé virtud donde hay dinero? ¿quiénes son estos *héroes*, cuyos nombres jamás hé oído? En Dios, en el corazon humano, en la historia, en el arte, y aun en la misma naturaleza física, ¿no hay asuntos más dignos del génio? Cienfuegos elogió á un carpintero, porque era virtuoso; este alaba á los magnates, porque son magnates: Cienfuegos merece el nombre de poeta; ¿cómo deberá llamarse á ese esgrimidor del incensario?...

Bautízalo como quieras, lector amigo; no por eso dejará el torcido rumbo; que quien malas mañas tieae, tarde ó nunca las pierde. Entre tanto, disgustado yo de haber tocado tales miserias, aunque ligeramente quiero terminar este artículo con cuatro rasgos acerca del verdadero poeta; pues es natural que quien ha caminado por ásperos senderos, desée detenerse algun momento al encontrar

en su camino un sitio delicioso.

El poeta es al versificador, lo que el oro á la alquimia y el diamante al vidrio; en suma, el uno es la verdad, el otro la falsificación. Se confunden á veces mientras viven; pero aquí la piedra de toque es la losa del sepulcro, y la máscara se deshace al sombrío resplandor de la muerte. Así se han desvanecido como el humo tantas reputaciones labradas por bastardos medios: así también se desvanecerán otras que hoy se alzan insolentes creyéndose eternas. Pero ¿quién es el verdadero poeta? ¿cómo se forma? ¿cuál es su distintivo? Es el que ha sido largamente dotado por Dios de un corazón generoso, de una inteligencia rápida y grande, y de una propensión irresistible hácia lo bueno, lo verdadero y lo bello. Empieza á formarse desde que empieza á ser hombre, cuando sus ideas van saliendo de la oscura niebla de la infancia. Durante un período más ó ménos largo, siente que dentro de sí se verifica una revolución extraña: no sabe qué es, y sin embargo, padece y goza al mismo tiempo: su imaginación le presenta cosas que nunca ha visto con los ojos de la carne: si piensa en los siglos pasados, sospecha que ha vivido otra vez en otras edades, según la claridad con que los mira; y su inteligencia audaz se alegra espaciándose por los campos de lo futuro. Percibe armonías en el viento, en un rayo de sol, á orillas del océano; en todo lo que es bello y grandioso: de un día interior se siente iluminado, y le parece que lleva un mundo en su seno. Así vaga indeciso y descontento de un ramo de la ciencia á otro: creyente fervoroso de una divinidad desconocida, vá depositando ofrendas en todos los altares, hasta encontrar aquel que le reclama por sacerdote. Mas cuando han pasado días llenos de ansiedad y noches de insomnio, llega el momento supremo y se extremece profundamente como si la mano de Dios le hubiese tocado. Rásgase el velo de improviso y queda deslumbrado como si, habitante de un negro calabozo, sintiera de pronto relampaguear sobre su frente el sol de la libertad. Las dudas se disiparon, la indecisión es certidumbre: entre los mil caminos de la vida, solo vé el suyo, y avanza por él con pie ligero y firme. Oye continuamente resonar en su oído: "tú serás poeta." Y

llega á serlo sobre las alas de la meditación, ese coloquio santo del hombre consigo mismo, que tiene el alma por teatro y por espectador el cielo.

Sus obras no deben, no pueden confundirse con las obras vulgares; llevan una fisonomía particular, un sello propio, y es la fisonomía y el sello del género. ¿Cuántas mujeres han sido burladas de una manera vil por sus amantes? Muchas: y muchas veces la poesía ha descrito sus desengaños y penas; y mientras en casi todos los poetas se pinta esta situación floja y desmayadamente, la Dido de Virgilio y la Elvira de Espronceda viven, respiran, se les oye y compadece, y serán siempre modelos de alma y de género. El poeta, digno de este nombre, se distingue por la verdad: sus lectores ven las cosas que él describe, aman lo que él ama, y mientras leen sus obras, viven con su propia vida. Cuando leais unas páginas encabezadas con el nombre de poema, oda, romance, etc., y al concluir las no se ha agitado vuestro corazón con ningún sentimiento, ni vuestra inteligencia se ha elevado con alguna idea noble y digna, bien podeis asegurar que el autor no es poeta: en vano podreis objetar que no encontráis el menor defecto: yo encuentro solo uno; la falta de poesía.

NARCISO CAMPILLO.

Compañía de Elogios Mútuos.

¿Qué cosa mas natural?
tú me alabas, yo te alabo;
esta conducta ¿es al cabo
algún pecado mortal?

Si este rótulo estuviese escrito con gruesos caracteres en tabla y colocado sobre una puerta, el transeunte se detendría con asombro, y alargando un cuello capaz de dar envidia al de la más alta girafa, exclamaría indignado:—¿qué veo? ¿una sociedad de elogios mútuos? ¡Hasta aquí puede llegar la desvergüenza! A sus voces y gesticulaciones acudirían otros y otros, pues aun en el siglo de los vapores y ferro-carriles abundan los desocupados que es una maravilla; y todos juntos y formando corrillo, correrían un sayo al representante y cofrades de la tal sociedad, que dejaría en

pañales al más afamado sastre parisiense. Cualquier candoroso espectador de dicha escena, al ver el tempestuoso alboroto promovido por el anuncio de la compañía laudatoria, deduciría una serie de consecuencias en sumo grado favorables á la moralidad y al público decoro. Y por más que sus deducciones fuesen rigurosamente lógicas, ¡cuánto se engañaría en ellas el buen hombre! Porque, tomando el rábano por las hojas, confundiría el alma con el cuerpo, el pensamiento con la forma, y lo interior de la fruta con su corteza. Que esta corteza presente buen aspecto, y nada importa si lo demás está podrido. ¿Quién se mete en examinar la esencia de las cosas? Dejemos esta impropia tarea para los filósofos y los boticarios. Así se piensa y se obra, por más que no se confiese. La verdad es dura, y no hay valor ni fé para manifestarla: si la idea abstracta de la verdad fuese representada por un símbolo material, ninguno le convendría como un anzuelo, pues el que la traga, no tiene poder para echarla fuera. Así, el osado que sobre su puerta fijara este rótulo, *Sociedad de Elogios Mútuos*, atraería sobre su cabeza la indignación pública.

Pues esta sociedad ó compañía existe, aunque anónima; y no existe una sola, que sería lástima grande si fuese único el ejemplar de tan sublime obra; sino que, por lo que alcanzo, hay varias en la corte y en las provincias, pudiéndose considerar estas como sucursales ó hijuelas de aquellas. Carecen de reglamentos, porque ciertas cosas no es cuerdo escribirlas; pero proceden reglamentariamente, y á veces con la misma precisión con que una banda de música responde á la señal del maestro. Es una gloria ver á cualquiera de los afiliados despues de haber compuesto su librito: ¿creéis que entonces descansa? No; entonces precisamente es cuando para él empieza el trabajo; que la obra poco ó ninguno le ha costado. Los antiguos sudaron con el caritativo fin de que no sudemos nosotros; ahí está la mina de sus escritos; el filon es abundante, y con volver por activa lo que ellos dijeron por pasiva, con un poco de desparpajo y otro poco de poca vergüenza, el ser autor es tan fácil como beberse un vaso de agua.

El asunto peliagudo es sacar á luz la cria, que como enfermiza y exánime, debe ser preservada por su cariñoso padre

de los vientos que pudieran serle nocivos. Estos vientos son el desagrado ó la indiferencia del público; y para evitarlos es precisamente para lo que sirven los cofrades y hermanos del incensario. Estimulados por el autor y por cierto adagio que dice "hoy por tí y mañana por mí," ponen manos á la labor y emprenden una especie de cruzada contra el inocente público en folletines, gacetillas y artículos llamados *de fondo*, sin duda porque lo tienen tan profundo que nadie llega á encontrarlo. Dicen de esta faena, que es *formar atmósfera*: y dirá cualquiera sin ser Licurgo, que muy raquítico será el recién-nacido, cuando sus pulmones no pueden respirar la que los demás respiran; sino que necesita una formada *ad hoc* y por encargo. Con todo, caen en la red algunos paganos; y los apellido así, no porque sigan las creencias gentilicas, sino porque pagan su inexperiencia soltando pulida y limpia plata por necios versos ó rastreira prosa. Paréceme que oigo á uno de estos paganos responderme: "¿y quién se habia de figurar el chasco? ¿ignora usted que el crítico X., el sapientísimo J. y otro, cuyo nombre no recuerdo, pero que está en olor de sabiduría, recomendaron esta mal zurcida obra, la prologuizaron, la apoyaron, la calificaron de inimitable, fenomenal y piramidal, y yo no sé cómo no la canonizaron?" "¿Cómo se han equivocado en sus juicios hombres tan inteligentes?" No se han equivocado: ellos fueron los primeros en reirse del engendro que apadrinaban; pero el crítico X, el sapientísimo J, y el que está en olor de sabiduría, (olor que por lo sutil no se percibe), son amigos y cofrades del autor y no habian de apellidarle ignorante, pésimo y desabrido. Fuera de que tales palabrotas las rechaza nuestra envidiable cultura; la educación consiste en exterioridades y florees; la verdad déjese para la boca de los ganapanes bajo el nombre de sandeces, groserías y frescas, aunque muchas veces, tal es nuestra filosofía, queda más fresco el que las oye que quien las dice.

Pero no te abochornes, ¡oh pagano! de tu credulidad y sencillez, pues de esa tela todos tenemos ó hemos tenido un hábito, y del mio puedo asegurarte que tan cumplido y largo era, que me arrastraba, y *ainda mais*. Voy á hablarte en confianza para que veas que mi candidez su-

peró á la tuya. Tenia yo pocos años cuando la poesia, como si tomara forma humana y uñas descomunales, me agarró por los pelos, y dijo: "Este es mio." Y me cogió tan de firme, que me acostaba recitando versos, soñaba tragedias y poemas; despertaba poetizando, y apenas tomaba la puerta, me iba al campo, tendia mi capa sobre la yerba, y allí empapaba mi alma en la de los poetas antiguos; ó soltando el libro, pasaba horas y horas contemplando el cielo, las aguas, los árboles, aspirando las mil armonías de la naturaleza, entregado á extrañas cavilaciones y sintiendo todo lo que puede sentir quien tenga el entusiasmo y la ilusion por arrobos y la experiencia mundana solo por adarques. Aquel tiempo sin horas fué lo mejor de mi vida; nada hay como soñar despierto. Pues bien; despues de aspirar la poesia en la naturaleza, buscábala en el libro, y con el ardor inconsiderado del neófito, creíame entonces capaz de emular ventajosamente á los vates antiguos. Pero una reflexion detenía mi entusiasmo y me ponía malo. La tal reflexion era la siguiente. Estos poetas que yo estudio y admiro, han florecido hace ya centenares de años; así, aunque en su tiempo parecieron excelentes, y á mi me lo parecen todavía, consiste sin duda en que ni en su época se conocian otros mejores, ni yo, empapado en las obras de las pasadas generaciones, hé dedicado mi atencion á los escritos de los modernos. Probablemente cuando los lea, hallaré en ellos tanta perfeccion y tan maravillosas luces, que eclipsen á los antiguos y me dejen sin ganas de tomar la pluma en todos los dias de mi vida. Ya hé dicho que semejante pensamiento era un helado soplo que resfriaba mi entusiasmo, y me hacia pasar amargas horas de incertidumbre. No pudiendo sufrirla más, determiné desengañarme de una vez; pues menos mala es una desgracia real y efectiva, que otra amenazante y suspendida por un hilo sobre nuestra cabeza, como la espada de Damocles. Entreguéme, pues, á la temida lectura; ni dormí en muchas noches, ni salí de mi cuarto en muchos dias; comedias, dramas, tragedias, poemas líricos, novelas... todo lo devoraba con ansia, y á cada libro que leía, un idolo rodaba de su pedestal. Pocos, muy pocos permanecieron erguidos. Contados fueron los que juzgué merecedores

de su fama. No llenaban mi espíritu; no correspondian las obras de esos semi-dioses de la literatura á la veneracion que les habia tributado, guiándome solo por la consideracion agena. Casi toda su poesia era el redoble de un tambor; hueca y sonora.

¿Y estos son los autores, cuyos nombres tan sonados como las narices, han hecho más ruido que el órgano de una catedral? ¿Estos son los reputados, los ponderados, los incensados, los sublimes, los grandiosos é inimitables? ¡Válgame Dios piadoso, y qué poco puñado son tres moscas! Suele suceder con los hombres de nombradía, lo contrario que con los árboles: el más crecido álamo parece desde lejos un débil arbusto; pero á medida que el caminante se vá acercando, mira extenderse la pompa y grandeza de sus ramas; y al llegar al pié de su tronco, se figura que la altísima copa está meciéndose entre las nubes del cielo. Mas al aproximarnos á estos génius de perspectiva, los vemos menguar y reducirse á la talla comun, tan luego como podemos separar su verdadera estatura de los largos zancos donde se subieron por su industria y suerte.

Ya ves, amigo pagano, que fui tan crédulo como tú, y un tantico más, como acabo de confesarte. Ahora quizá de cándido me habré convertido en desconfiado, pues los extremos se tocan, y nunca la vara de acero, una vez encorvada, vuelve al soltarla, á tomar su derecho. Con todo, procuro amoldarla en el yunque de la razon hasta dejarla más recta que un huso.

Vuelvo al corazon del asunto, dejando á un lado las digresiones y perfiles. ¿Qué se proponen las sociedades de elogios mútuos con sus cruzadas anti-literarias? Por lo comun su objeto es hacer un juego de óptica engañoso para la vista del público; presentar el vidrio suponiéndole el resplandor del diamante, y el estafío como plata acendrada y pura. Alzar de este modo edificios sin cimiento, reputaciones de un dia; que solo merece llamarse un dia breve lo que no pasa más allá del sepulcro. Ni aun hasta él llegan con mucho la mayor parte de esos castillos de naipes; pues los vemos desbaratarse con la misma rapidez que se levantaron. Por cierto que no es ociosa en este lugar la sentencia de Saavedra Fajardo, quien dijo en una de sus

Empresas: "A un vaso formado á soplos, un soplo lo rompe; el de oro hecho á martillo, resiste al martillo." Tan grande verdad debieran tener siempre ante los ojos los directores, cofrades y legos de las *Compañías de Elogios Mútuos*, á quienes Dios guarde, y á mi de ellos.

Ayer escribi estas líneas, y al repasarlas hoy, si no tuviera la seguridad de no haber probado el mosto durante largo tiempo, juraria que entonces estaba hecho una uva. Por lo ménos tenia turbada la cabeza. Quizá estaria bilioso. No recuerdo en dónde hé leído que Nerón, Calígula, Tiberio y demás comparsa, eran muy buenos naturalmente; sino que su temperamento bilioso se exaltaba y les producía una especie de locura.

Por lo visto, ya no es bastante echar la culpa á los ministros, y llamar á los nenes de tal calaña *mal aconsejados príncipes*. Se ha descubierto otro mejor descargo, y este es la bilis. Sin duda estaba yo bajo su imperio, cuando dejé correr la pluma estampando las anteriores sandeces. ¡Qué disparatones, cielo santo! Si no hubiera ofrecido entregar hoy este artículo, ya estaria hecho pedazos como merece. Pero quien tal hizo, que tal pague; y ya que dige tan injustas cosas, debo retractarme de ellas, antes de que nadie me lo exija; porque despues seria pensar en lo imposible.

Me desdigo, por tanto, de lo anteriormente expuesto; y para que mi arrepentimiento sea más patente y la reparacion más completa, debo añadir: que las tales *Compañías de Elogios Mútuos* no existen, ni han existido jamás ni existirán tampoco en España, sino en la Tartaria y en la Guinea, que al fin, como países no ilustrados, sufren esta y otras plagas en castigo de su barbarie. Que en España todo es imparcialidad, todo justicia, particularmente en asuntos literarios: que nadie aquí mendiga elogios, ni lleva amigos aplaudidores á la representacion de sus dramas, ni se confabula con gacetilleros, ni emplea malas artes para adquirir nombradía y pesetas: al contrario, todos estudian con perseverancia y ardor, y hablan solo de lo que han aprendido bien á fuerza de largas vigiliás; todos manifiestan sus observaciones con modestia, y escuchan las agenas con docilidad, agradecimiento y buena fé; en una palabra, todo marcha por su verdadera senda, y to-

do se hace como debe hacerse. Por lo cuál, entusiasmado yo con las presentes costumbres literarias, pienso celebrarlas en un himno pindárico, aunque el *risum teneatis* de Horacio venga entonces tan á propósito, como la sal en el puchero. Así habré ganado, si no el título de leal y verdadero, por lo menos el de sócio de alguna de las *Compañías de Elogios Mútuos*, que existen... allá en los bárbaros países de la Guinea y la Tartaria.

NARCISO CAMPILLO.

LA TÓRTOLA.

Tórtola mia! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
A un beso ahora y otro despues
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos piés?
¿Ver hojas verdes solo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala
Si te amenaza con muerte igual,
La astuta liga, la ardiente bala
Y el cáuto *jubo del manigual*?
Pero ¡ay! Tu fuga ya me acredita
Que ansias ser libre, pasión bendita
Que aunque la llore, la apruebo yo.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al río
Y á la alta luna que brilla en él?
Inconsolable, triste y marchita
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abandonó.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

MILANÉS.

NOCTURNO.

.... fillus autem hominis
non habet ubi caput reclinet.
JESUCRISTO. (Evangelios.)

¡Señor, Señor! el pájaro perdido
Puede hallar donde quiera su alimento,
En cualquier árbol colocar su nido,
Y á cualquier hora atravesar el viento:
Y el hombre, el dueño que á la tierra envias